

definitivamente

**LUZ**

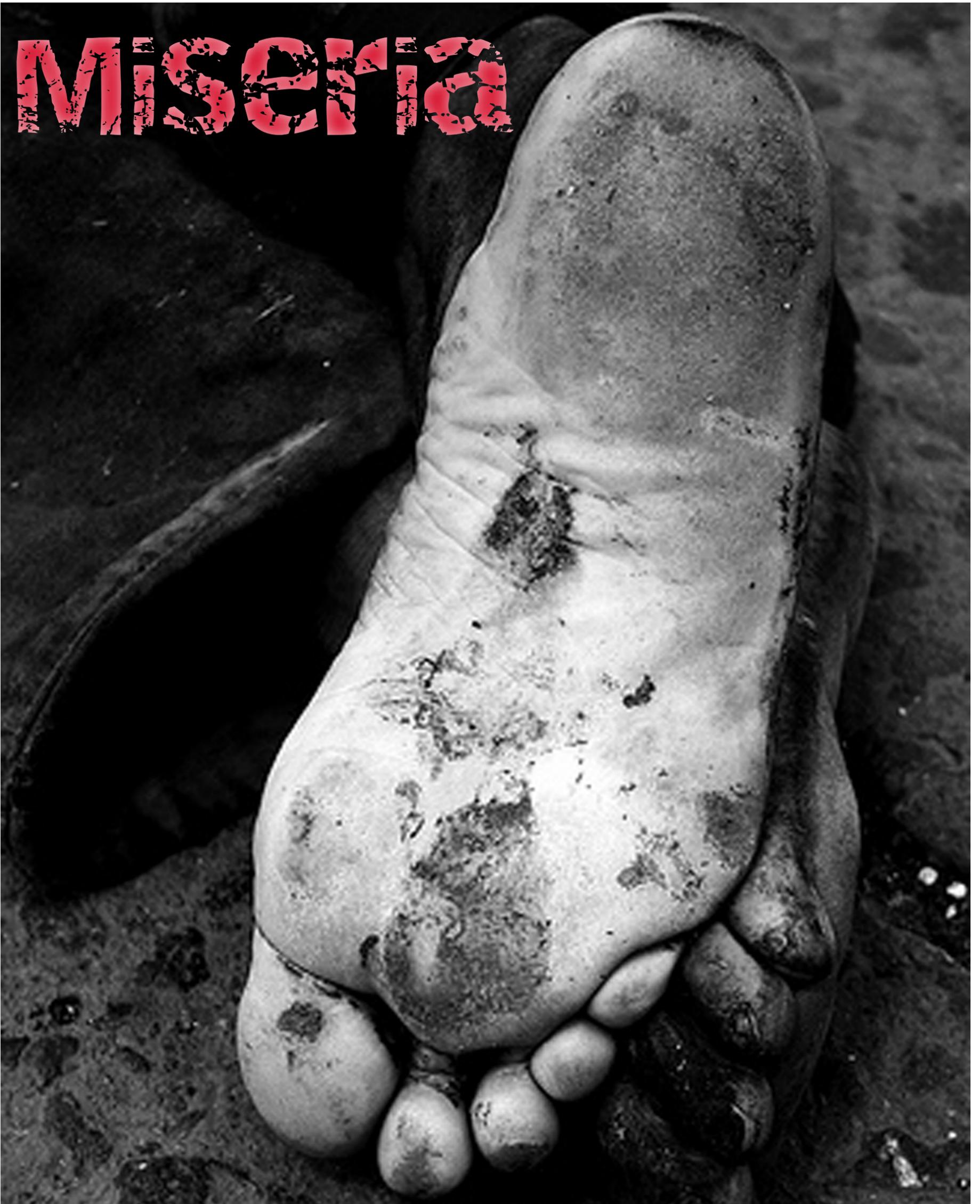
Círculo Poesía

Año 0, Núm.13 Edición Quincenal

Revista de Literatura de El Columnista

Jueves 15 de Enero de 2009

**MISERIA**



# Editorial

Definitivamente jueves reflexiona en torno a la pobreza tan terrible y a la atroz asimetría de la sociedad mexicana de hoy. Ante la torpeza y estulticia del gobierno y los partidos, corresponde a la sociedad civil la imaginación política. A continuación unas notas.

En este número, un ensayo de Luis Martínez (Puebla, 1981), estudiante de Doctorado en Sociología en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia. Un cuento del extraordinario narrador Herminio Martínez (Cañada de Caracheo, Gto., 1949), un poema de Lêdo Ivo (Brasil, 1924), poeta mayor de la poeta portuguesa, así como una reflexión de Jonathan Swift sobre la pobreza, perfecta y desahablemente aplicable a la realidad mexicana. Ambos textos, traducidos, por el poeta Mario Bojórquez.



## DIRECTORIO

EL COLUMISTA  
DIRECTOR

MARIO ALBERTO MEJÍA

REVISTA DE LITERATURA  
DEFINITIVAMENTE JUEVES

DIRECTOR

ALÍ CALDERÓN

COMITÉ DE HONOR

JOSÉ VICENTE ANAYA

MARIO BOJÓRQUEZ

JAIR CORTÉS

JORGE FERNÁNDEZ GRANADOS

OMAR LARA

WALDO LEYVA

RENATO PRADA OROPEZA

JURADO DE ARBITRAJE

MTRO. CARLOS CONDE

MTRO. ANTONIO ESCOBAR

DR. SIGIFREDO MARÍN

MTRO. RUBÉN MÁRQUEZ

MTRO. FELIPE RÍOS BAEZA

COMITÉ EDITORIAL:

KARLA AVILÉS

MARIO CALDERÓN

LIZET CORTÉS

IVÁN CRUZ

BERENICE HUERTA

JORGE MENDOZA

GLAFIRA ROCHA

ÁLVARO SOLÍS

RAFAEL TORIZ

DISEÑO:

GEORGINA GUTIÉRREZ

# Eco-socialismo o barbarie

Luis Martínez Andrade

Desde los primeros Informes para el Desarrollo Humano publicados desde 1997 por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNDU) leíamos, en la carta de buenas intenciones para el fin del milenio, algunas recetas para erradicar la pobreza en la que destacaban: igualdad de género, crecimiento en beneficio de los pobres, participación del Estado en la alianza entre la política y el mercado, entre otras. Sin embargo la situación de marginación, desigualdad estructural y exclusión social se ha agudizado. Actualmente, en 2008, el PNDU informa que más de 1000 millones de seres humanos viven con menos de un dólar al día, que el 20% de la población mundial acapara el 90% de los recursos (todavía en 2003 se decía que era el 80%), que las mujeres ganan 25% menos que los hombres en competencias similares, que 30,000 niños de menos de 5 años mueren al día a causa de enfermedades que pudieron ser evitadas.

El sistema capitalista, actualmente en una crisis estructural sin precedentes, no puede seguir paliando sus contradicciones. Día a día muestra a través de gobiernos ilegítimos y de organismos internacionales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio sus mecanismos de exclusión. El libre mercado, al que nuestros políticos rastreros le han apostado, sólo ha servido para seguir sumiendo al pueblo en la pobreza. Sin embargo, cuando se trata de rescates bancarios (FOBAPROA, IPAB) o reformas energéticas la "mano del Estado" actúa en beneficio de los "de arriba".

Por otra parte, el precepto básico de "progreso" emanado de una cerrazón evolucionista debe ser erradicado. Su falacia naturalista debe ser increpada por un enfoque historicista y de corte libertario que permita develar los intereses ocultos de las clases dominantes. En otras palabras, necesitamos confrontar teoría y políticamente los mitos, las imágenes y las figuras discursivas del poder. De ahí que sea fundamental una perspectiva que cuestione radicalmente conceptos y categorías que no sólo encubren la explotación sino que además consolidan la matriz ideológica del sistema.

El "pecado estructural" -llamado así por los teólogos de la liberación- y el grito de la Tierra -para usar la expresión de Boff- deben ser tomados en cuenta de manera

radical en todo proyecto político, es decir, se debe ir a la raíz de los problemas sociales y ambientales. En este sentido, el eco-socialismo es un proyecto emancipatorio que parte de ciertas premisas como son: la exigencia de la propiedad colectiva de los medios de producción, la satisfacción de las necesidades sociales en armonía con la naturaleza, la complementariedad del principio de responsabilidad (H.Jonas) con el principio de esperanza (E.Bloch) y la ruptura con el paradigma productivista.

No faltará quien, por razones ideológico-políticas, intente ligar socialismo con aparatos represivos, partido único, Gulags, entre otros, para denostar la carga revolucionaria y emancipatoria que encierra ese proyecto utópico. Indudablemente no se debe confundir "el terrorismo de estado" practicado por los malogrados gobiernos soviéticos (Leszek Kolakowski), como tampoco se debe entender "santa inquisición" como sinónimo de cristianismo (Hans Küng) o "el crimen sionista" como expresión ética del humanismo semita (Enrique Dussel).

La defensa de la naturaleza no puede estar desarticulada sin la lucha contra el capital, ya que sólo una actitud revolucionaria puede transformar de manera convincente las secuelas del modelo de civilización. Por tanto argüimos que el "discursillo arribista" de nuestros partidos verdes y que los proyectos de eco-desarrollo o eco-turismo enarbolados por las ONG's colonialistas no puedan ser una solución sino, al contrario, mecanismos de reificación de los problemas que padecemos: crisis económicas, sociales y ecológicas.

Hoy, más que nunca, es fundamental un cambio de paradigma y de horizonte civilizatorio. Grupos radicales del movimiento "sin tierra" en Brasil, de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador y del movimiento zapatista en Chiapas siguen nutriendo la puesta en marcha de proyectos comunitarios de autogestión bajo una exigencia ética de liberación por parte de nuestros pueblos.

Aunque en algunas ocasiones a nuestras "buenas consciencias" latinoamericanas les guste blanquearse y soslayan nuestro lugar como economías coloniales en el sistema internacional y a ochenta años de la publicación de los 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana, sostenemos con Mariátegui que: "el destino del hombre es la creación. Y el trabajo es creación, vale decir liberación".

1) Immanuel Wallerstein utiliza los ciclos de Kondratieff para explicar las etapas relativamente largas del sistema-mundo en una fase de expansión y una de concentración de la economía (fases A y B). La duración de cada fase es aproximadamente de 25 a 30 años. Las fases se distinguen notablemente por la primacía del pleno empleo o el desempleo, la preponderancia de la producción o las inversiones financieras como fuente principal de beneficio, el perfeccionamiento de las técnicas existentes o la innovación en la producción. La transición en la que se encuentra el sistema-mundo es, quizá, la más significativa desde hace más de cinco siglos. Cfr., *Después del liberalismo*, Siglo XXI, México, 1999.

2) Indudablemente nos referimos a la inmanente entre capital/trabajo, pero también a la analizada por James O'Connor que refiere a las condiciones de producción (tierra, suelo, naturaleza, etc.) demostrando que el capitalismo es un sistema ecocida. Cfr., *Natural Causes. Essays in Ecological Marxism*, The Guilford Press, New York&London, 1998.

3) Cfr. Michael Löwy, *Ecología y socialismo*, Cortez Editora, São Paulo, 2005.



# El hospital de los podridos

Herminio Martínez

1

Con la voluntad de Dios y unos caballos flacos que son de mi papá, sembramos unas tierras. En los tiempos más peores no hay nada que hacer, sólo echar sueño. Lo mejor es cuando llegan las lluvias, porque entonces la vida sí nos da permiso de sembrar. En La Borunda todo es de temporal. Escasamente tenemos unos pocitos para beber. Como quien dice, vivimos arrinconados en la pura necesidad. En la viva hambre. Un día nos llevaron a ver al diputado. "Vamos a buscarlo, a ver si nos recibe", dijeron los dos profesores que allí dan clases. Y sí nos recibió. Estaba el hombre que era una espuma, a risa y risa, rodeado de sus ayudantes que lo trataban con el respeto y condición que se merece un padre. Unos le destapaban cervezas, otros le desempolvaban el traje y los demás le encendían el puro, que, por cierto, se le veía muy bien en la boca. No por nada dicen que no a todos les queda el puro, nomás a los hocicones. Ya le digo; nos prometió hasta lo que no: una presa, dos caminos, el puente, electricidad, agua entubada, pozos, drenaje, teléfono, la clínica y quién sabe cuántas cosas más. Nosotros no tenemos nada. Vivimos al tanteo; en las aguas, sembrando cuando se puede. Y en las secas, saliendo a ver qué lucha hacemos por ahí, en alguna ciudad. Nuestros cerros antes sí daban maíz. Levantábamos montones de garbanzo y frijol, pero ya no. La tierra está cansada. Ya no produce. Sólo cascajos brotan, como si debajo de nuestros pies hubiera un esqueleto deshuesándose... Así... Ya le digo, en Pilar de los Nabores pasamos una noche entera, sin que le hicieran nada. Únicamente me sacaron doscientos pesos los muy ingratos. Entonces la trajimos para acá. Yo no quería, porque aquí se me murió ya, hace tiempo, un hijo... Tenía año y medio, imagínese. Era el primero. Quién sabe qué mal le pegó. Se le caían pedacitos de carne de las asentaderas pegados con la ropa. Lo llevamos a todas partes, gastándole lo que no teníamos, hasta que mejor lo internamos en este hospital del gobierno. Ese día, nada más volteó sus ojos hacia mí, grandotes y llenos de tristeza. Puso su manita entre mis dedos y me apretó muy fuerte. Se le sentía caminar la muerte como una hormiga por las venas. Quién sabe qué enfermedad

sería. El pobrecito acabó en los puros huesos. No pesaba nada. Pesaban más mis huaraches y mis remordimientos, usted verá... Por eso mismo yo no pensaba traer para acá a mi Lulú, pero aquí estamos, ¿qué le vamos a hacer? Eufrasia estaba haciendo el almuerzo y dice que la niña jugaba jolincita en el cuarto, cerca de un aparato de petróleo. Que no se dio cuenta a qué horas comenzó a arder. Dice que al escuchar sus gritos salió corriendo, pero que ya la halló bañada en lumbré. Que la apagó a mandilazos, a guantadas, como pudo. Y aquí estamos, pues... Ay, señor, si me duele a mí verle esa carne viva, imagínese lo que estará sufriendo la inocente.

2

Esta mantada de pujidos es mi mujer, sólo que ahorita esta la pobre de mírame y no me toques. Y cómo no había de estarlo con la caída que se dio al saltar la cerca que da al corral de las gallinas. Yo oí el zapotazo, pero pensé: "¡Diablo de Engracia! Ya ha de andar apaleando a los cóconos". Como toda la vida anda más templada que el toloche de Acámbaro, eso fue lo primero que pensé. Nada más que después su "¡Ay!, Emeterio", me hizo cambiar de parecer y corrí a ver lo que le sucedía, encontrándola, ya le digo, arraballada sobre un montón de piedras. "¿Qué te pasó, mujer?", le pregunté, tratando de levantarla. "¡Me caí, tarugo! ¿Qué no ves?", me respondió, sobándose los cuadriles. "¿Pero cómo, madre? Mira nada más en qué trazas quedaste. Te has de haber lastimado los huesos". Todavía le dije. "Me picó la mata de mancoyotes que sólo a ti se te ocurrió sembrar en mi camino", gritó, bien enojada. "Está bien, no te muevas, ahora te levantamos", la consolé, y enseguida mi hijo y yo le hicimos unas andas, y nos la trajimos para acá, donde ya llevamos tres días y tres noches sin que nadie haya venido todavía a revisarla. Todo se les va en preguntarnos que de dónde somos, que a quién conocemos, que de dónde venimos, que quién nos recomendó, que con qué recursos contamos para podernos dar el servicio ¡hágame el favor!... ¿Para qué tanta preguntadera? Total, si no nos van a atender, porque somos pobres, que nos lo digan. Nosotros no tenemos ni qué. Una vaca,

nuestra única propiedad, se nos murió hace dos años. Se llamaba *La Venamora* y era un encanto de animal, con sus patas coloradas y su lucerote en la frente. Mi muchacho, el lambrijillo ése que acaba de salir, dice que en una barranca todavía está la osamenta. Y es que era una de esas hembras marotas de corazón. Alegre, digo. Bramadora y cerrera como ninguna otra se haya visto jamás por los andurriales de Piedra de Lumbré.

Una mañana de abril andaba desesperada, buscando a un toro bragado, que es de un compadre mío de nombre Reveriano Ojeda. La vimos remontarse al cerro con las narices bien abiertas, llenándonos en el aire del amor. Así la encontraron también otros, perdida entre los mogotes, a bramido y bramido, hasta que se desbarbancó. No. No pudimos sacarla. Ni con los pajuelazos que le dimos en la trompa, ni con las lágrimas de mi hijo Cenobio, que es a quien más obedecía. Ahí la oímos quejarse y después morir. Bajamos a buscar hombres que nos ayudaran a pelarla pero ni eso pudimos hacer, porque cuando regresamos al fondo de la barranca ya los zopilotes y los perros se nos habían adelantado. Si no se nos hubiera muerto *La Venamora*, le aseguro que no estávamos aquí, dando lástimas. Pero ni modo: nuestro destino es avergonzarnos y navegar por estas penas. Ya conoció usted a nuestro hijo único, tiene una cara, que ni con el agua de los tumbuches se le va a desperudir. En Piedra de Lumbré nos pasamos la vida aflojando la tierra, para que cuando lleguen las lluvias, si es que llegan, no nos agarren desprevénidos. Y en las noches, buscamos nuestra piedra para sentarnos a descansar mientras entretendemos el hambre con alguna mentira.

3

Al cruzar el arroyo vi moverse el bulto hacia mí, pero pensé que era un burro y seguí pedaleándole a la bicicleta. Había ido a conocer a unos que se andaban robando el garbanzo de las tierras de Enmedio... "Pobrecitos cristianos -dije-. Que les sirva siquiera para hacerse un atolito". Uno, como velador, está facultado para darles poco, no para que hagan tercio. Por eso no les pegué ni un grito en cuanto los vi alejarse, cada

uno con su brazada, pero de todos modos los seguí para saber cuántos y quiénes eran. ¿Quién me lo iba a decir que en el regreso fuera yo a fracasar? Entre la oscuridad de los pirules divisé aquella cosa grande, caminando hacia mí. Cuando me di cuenta de que era un tractor, fue porque ya estaba en el suelo, revolcándome con los huesos quebrados. Le grité que se arrendara a acabarme de una vez, que por caridad no me fuera a dejar así. “¡Ay, compadrito del alma!... Pero si eres tú. Mira que ya te fregué”. Oí que me dijeron. Y sí, era el mismo hombre que en 1950 me llevó a bautizar a uno de mis muchachos. Mi compadre Eugenio García, el dueño del Romeral. Nadie nos vio. Nada más un Arnulfo jetas gruesas que venía de capar magueyes. Al rato, como si fuera una hormiga, por la espalda me empezó a caminar un escalofrío y ya no supe más de mí, hasta que desperté en esta cama. Mi compadre ya mandó un papel en el que dice que él va a hacerse cargo de todo. De lo contrario, mi mujer y yo quién sabe lo qué hubiéramos hecho para salir de aquí. El campo es bonito. No en vano Dios exprimió al universo para formar la tierra... Uno se encariña con las matas igual que con los hijos. Las vemos crecer y llenar de pesos las bolsas del patrón. Enseguida secarse como todo lo que es ley de la vida. Ya también vino a verme el mayordomo. Este es nuevo. El otro se murió de repente. Lo hallaron bocabajo en las compuertas, con la cara hinchada y arrojando chorritos de sangre por los ojos. Dicen que fue porque ya estaba muy lleno de autoridad y que ésta le reventó por dentro, vaya usted a saber. Yo sólo espero que no me hayan acomodado mal algún hueso, porque, mire, me duele aquí y acá. Todo este lado del pecho y también el lomo; un cuadril y las dos cazuelitas de las rodillas. Obra de Dios que las puras llantas chiquitas fueron las que me pasaron por encima. Las grandes le tocaron a la bicicleta, que, por cierto, todavía estoy pagando. No sé por qué no se escuchó el ruido del motor. ¿Sería porque en esos momentos el aire estaba soplando hacia el rumbo del rancho de una señora llamada doña Meche Guzmán, pero a la que en Pozo Ademado todos conocemos con el sobrenombre de *La Mercéida*? Vaya usted a saber.

4

Dice que tiene cáncer, pero lo que tiene son ideas. Candelaria está equivocada. El cáncer no es enfermedad de los pobres. En nuestros ranchos pegan otros males, no estos achaques de la gente rica. Yo soy del Toronjo y ella de Las Cruces. Así que no puede ser lo que ella tanto tesonea. Lo que pasó fue que se le pudrió el pecho porque el niño chiquito le mamó de lado. No más. Yo la curé a mis aires, con matagusanos y un chorro de orines, pero le seguían los escurrimientos apesotosos. Por eso la trajimos para acá, a ver si de casualidad los doctores me le salvan la vida. No le hace que me la entreguen con una sola pelota. Ya veremos qué hacer para acabar al muchachillo ese... Primero Dios no ha de faltar por ahí alguna chiva o alma amorosa que quiera hacerse cargo de él... Hoy por la mañana le pusieron una pomada verde. Yo creo que sí se va a aliviar. Ahora ya está buena a comparación del otro sábado. Ya nada más que le cierren una llave de sangre que se le abrió en las narices, y listo. Es lo que digo yo. Pero quién sabe.

5

Una de mujer está bien suata. Imagínese si no: le platiqué a una comadre mía que a mi muchacho no se le pegaban las tablas de multiplicar y ella me aconsejó que le diera en ayunas un plato de resistol. Y así lo hice. Lo *garrolié* primero bien *garroliado* para que no me dejara nada. Únicamente le puse tantita azúcar para que no le supiera tan feo, y lo seguí *garroliando* hasta que lo vi lamer el fondo del plato. Pero también aquí están los resultados. Nada más se arqueó y me dijo: “¡Ay, mamá, me muero!”. Es el mayor de los cinco que Agustín y yo tenemos. Nadie más para ayudar al sostenimiento de la casa. Él ya sabe desquelitar la tierra y hasta arrear la yunta. Mi marido ahora no trabaja, porque dice que le debe a la vida tres meses de sueño y que le está pagando antes de que ésta le suba los intereses. Nada más se asoma al corral o entra a la cocina a ver qué encuentra de comer, para enseguida regresar a la cama a seguir pagando su deuda. Otro hijo, el que le sigue a éste, está también bien malo. Es una tos horrible, que allá, en el rancho de donde somos, conocemos como “la tos de hierro”, porque al oírlo, parece que estuvieran apedreando una campana.

Hay tiempos en que se le calma tantito y otros en que le pega tan fuerte, que el pobre se pone morado y arroja unas flemas verdes que ni los perros se tragan.

Acá nos trajo un lechero. ¡Ánimas benditas que pronto me den esperanzas!, porque el dinero de los guajolotes ya se acabó Y las señoritas de la oficina me dijeron que aquí no dan nada gratis. Que voy a tener qué pagar quién sabe cuántos miles. A uno de pobre nadie le presta, así sea un lazo para ahorcarse lo que ande uno pidiendo. Esa es otra apuración que traigo aquí clavada

6

Yo nada más entré a comprar cigarros a una tienda que le dicen de Archundia. Ahí estaban varios, oyendo canciones en un radio de pilas. No me acuerdo de todos: eran unos Mondragón, otros López, otros To-var. Y es que yo también ya andaba hasta las cachas de servido. Me salí y luego luego se me pegó uno. No sentí ni a qué horas me dejó ir la hoja, en este vacío que tenemos todos en la mera boca del estómago. Yo no le debo nada a nadie, ni lo negro de una uña. Entonces, ¿por qué? Pienso que el piquete fue porque no quise aceptarle una copa. Aunque de nacimiento soy de ojos chiquitos, descubrí cómo iba venadéandome. Un hermano mío, al verme atravesado en la banqueta, fue quien me sacó el cuchillo, sólo que me lo volvió a meter porque le dijeron que le iba a ir mal con el gobierno. Por esa razón llegué aquí con él todavía clavado. Se siente horrible. Antes no me morí. Son cosas del vicio, más que de la mala voluntad. Por esa razón yo no le guardo ningún rencor a ese hombre, ni ahora que estoy en mis cabales pido nada contra él.

7

Nada más dijo: “Con permiso. Voy a ahorcarme”, y se colgó del mezquite. Quién sabe qué pensaría para dar ese mal paso... Tenemos once años de casados, cinco hijas y un muerto. Él es chacharero. Compra y vende, según la demanda. Ese es su negocio. Si uno quisiera, podría ser más feliz, pero ya ve, no faltan los pesares. Nunca antes hizo cosa igual. Ha de haber sido el demonio, ¿o quién más? Nosotros somos de San Nicolás del

Eco. Mucho más allá de la carretera. Nuestra hija mayor le decía que se bajara del mezquite, y él, necio, necio, que se hiciera a un lado, porque iba a matarse. Andaba borracho, claro. No quiso oírnos. Nos mandó quién sabe a dónde antes de saltar con la reata amarrada al pescuezo. Quedó todo morado, echando espuma por la boca y con unos ojos que daban terror. Inmediatamente traté de ayudarlo, pero no pude, porque ya estaba suelto del cuerpo. Y ni la niña, que se subió a la rama con el fin de trozar la cuerda con un machete, logró hacer algo. Entonces me salí corriendo a ver quién pasaba por el callejón y fue cuando miré al joven que me hizo el favor de descolgarlo. “¡Ay, Manuel! ¡No te mueras! ¡No nos dejes!”. Le lloraba. Le pedía. La Cruz Roja lo trasladó a este hospital, donde, desde un principio, no me lo aseguraron. Así me lo dijo ese doctor que anda para allá y para acá pelando unos ojos que parecen de lumbre. Nada más que yo me fui voladita a la escalera donde tienen un santo lleno de flores, a pedir, a rogar por él: “¡Ay, san Martincito de Porres! -le dije-. A ver en qué palo te trepas, pero me salvas a mi esposa. ¡No lo quiero difunto! ¿Me oyes? Lo quiero vivo y entero. En la casa somos puras mujeres, date cuenta, santo de mi vida. Te lo pide una madre. Te lo suplica una esposa”. Y me escuchó. Para la noche Manuel ya estaba resollando recio y hoy amaneció pidiendo de comer. Él no se acuerda de nada, pero tampoco quiere imaginarse a sus muchachas ni a mí, arrastrando el carro de fierros viejos por esos terregales de Dios guarde la hora. Dice que qué chulas nos íbamos a ver en ese oficio, con un tambache a la espalda y otro al hombro, en los calzones de mayo, recorriendo las rancherías. Que ni lo

mande Dios. Que mejor ahora que salga de aquí va a ir a jurar ante un obispo no volver a tomar en esta vida. Nosotros, por lo pronto, ya le conseguimos los polvos de las tripas del diablo, que dicen que son re buenos para tenerle asco a la botella. Ojalá y sea cierto.

8

“¿Qué hay, viejito?”. “Puro sufrir, doctor”. “¡Qué sufrir ni qué sufrir! Usted está más bueno que yo, hombre”. “Hágamela buena”. “Claro que sí, ¿dónde más le duele?”. “Así, bocarriba, todo este lado, desde la ingle hasta el ombligo. Y bocabajo toda la rabadilla. ¿Qué será esta bola, doctor?”. “Es una hernia”. “Yo pensaba que era el huevo del juicio...”. “No, hombre. Lo que sale es la muela del juicio, y ésa, por lo que veo, a usted ya hasta se le habrá caído”. “¿Qué me van a hacer, entonces?”. “Abrirlo. Ahora que se desocupe el quirófano. ¿Desde cuándo le molesta?”. “¡Uh! Quién sabe. Andábamos haciendo un camino para que pasara el candidato a la presidencia de la república. Me echaron tres piedras grandes en el lomo y sentí que algo me tronó por dentro, como si un leño seco se me hubiera quebrado en la barriga. De ahí en adelante fui malo y malo. Apenas me agachaba a matar algún alacrán de un huarachazo, luego luego se me prendía el dolor”. “Pronto lo dejaremos como nuevo, va a ver. ¿Qué tan lejos queda Soledad del Monte?”. “Quién sabe. De aquí para allá cobran cinco pesos, y del Regalgar tres cincuenta”. “¿Lueve mucho por allá?”. “Ya casi no”. “¿Entonces de qué vive la gente? Mueva esta mano y suelte la pierna, toda, así”. “Del puro jornal. A pura pataca. Ahí nacemos con el azadón en la mano”.

9

Yo no tuve escuela. Nada más trabajo. ¿O para qué otra cosa nace un pobre, si no? Soy de Yuriria, la tierra de los generales Pantoja. De allá mero soy, para servirle. ¿Que por qué estoy cojo? Tenía una pelotita en el tobillo; así, del tamaño de una bolena de chiva, sólo que se me cayó una piedra en el pie y se me infectaron los tendones. Entonces fui a curarme y me cortaron un pedazo de pata. Esto sucedió hace años. Estuve bien unos meses, pero al poco tiempo me volvió a reñotar la dolencia y fui otra vez a ver al doctor, quien con siete rociadas de insecticida me mató la gusanera que ya me hervía entre la carne. Pensó que con eso me curaría, nada más que no. Apenas llegué a la casa, comencé a sentir nuevamente el cosquilleo de los gusanos. Y en el segundo corte que me hicieron me volaron toda la pierna, dejándome el puro garrotito.

Yo nunca me casé, es lo bueno. Si no, quién sabe. Es cierto que me gusta el trago, por algo estoy aquí, pero tampoco ando de metiche. Lo que me sobra es paz. Paz y alegría cuando estoy contento. A nadie le hago mal cuando se burlan de mí, llamándome cojo o escondiéndome alguna de mis muletas. Uno se acostumbra a ser atento con toda la gente, hasta con ésa que, de tanto preguntar, cae gorda.

# Una Modesta Proposición

Jonathan Swift  
*Dublín, Irlanda (1667-1745)*

## PARA PREVENIR QUE LOS NIÑOS DE LA GENTE POBRE EN IRLANDA, SEAN UNA CARGA PARA SUS PADRES O SU PAÍS, Y PARA HACERLOS BENEFICIOSOS A LA SOCIEDAD

Es un asunto melancólico para los que caminan a través de esta gran ciudad o viajan en el país, ver en las calles, los caminos y a las puertas de los carruajes a mendigos del sexo femenino seguidos por tres, cuatro, o seis niños todos en harapos, importunando a cada pasajero por las limosnas. Estas madres en vez de poder trabajar y conseguirse un sustento honesto, emplean su tiempo vagando para pedir por sus infantes desamparados, quienes, al crecer, terminan en ladrones porque no obtienen trabajo o salen de su querido país para luchar por el Pretendiente en España o a venderse en las Barbados.

Pienso que todos los partidos estarán de acuerdo en que este prodigioso número de niños en los brazos o en las espaldas o en los talones de sus madres y con frecuencia de sus padres, son en el actual estado deplorable del reino, un agravio adicional muy grande; y por lo tanto, quienquiera que pueda descubrir un justo, barato y sencillo método de hacer que éstos niños se conviertan en miembros útiles de la comunidad, merecerá el reconocimiento de la sociedad, haciéndole levantar una estatua por preservar a la nación.

Pero mi intención está más allá de prever solamente el sustento de los hijos de mendigos declarados; es de un alcance mayor y tomará el número entero de los infantes de cierta edad, que nacen de padres, en efecto, tan poco capaces de mantenerlos como los que exigen nuestra caridad en las calles.

Por mi parte, dándole vuelta a mis pensamientos por muchos años sobre este tema tan importante y habiendo sopesado maduramente los varios proyectos de nuestros analistas, siempre los he encontrado grandemente equivocados en sus cálculos. Es verdad que un niño desde su nacimiento puede ser alimentado con leche materna por un año solar, con algún otro poco de alimento que no sobrepasará el valor de dos chelines, que la madre puede conseguir ciertamente o su valor en mendrugos, por su ocupación legal de mendiga; y es exactamente al año de edad que me propongo proporcionar para ellos un modelo, en el cual, en vez de ser una carga para sus padres o la parroquia o deseando el alimento y el vestido para el resto de sus vidas, por lo contrario, contribuirán a la alimentación y en parte a la vestimenta de muchos miles.

Hay además otra gran ventaja en mi esquema, esto prevendrá esos abortos voluntarios y esa práctica horrible de las mujeres que asesinan a sus hijos bastardos ¡ah, demasiado frecuente entre nosotros! sacrificando a los pobres bebés inocentes,

creo que más para evitar el costo que la vergüenza y que movería a las lágrimas y a la compasión al pecho más salvaje y más inhumano.

El número de almas en este reino se calcula generalmente en un millón y medio, de éstos estimo que pueden ser cerca de doscientas mil parejas cuyas esposas pueden engendrar; de este número resto treinta mil parejas que pueden mantener a sus propios hijos, aunque considero que no pueden ser tantos, bajo las presentes condiciones depresivas del reino, pero concediendo, de allí se seguirían ciento setenta mil parejas fértiles. Resto además cincuenta mil, por esas mujeres que se malograron o por los niños que mueren por accidente o enfermedad dentro del año. Siguen siendo por lo menos ciento veinte mil niños de padres pobres nacidos anualmente. La pregunta por lo tanto es, cómo este número puede ser mantenido, y proveído, el cuál, como he dicho ya, bajo la situación actual de nuestros negocios, es completamente imposible por todos los métodos propuestos hasta ahora. No estamos en condiciones de conservarlos, ni los empleamos en artesanía o agricultura, ni siquiera construimos casas (me refiero al campo), ni cultivamos la tierra; pueden tomar muy raramente su sustento robando hasta que llegan a los seis años de edad, excepto donde existen habilidades precosísimas, aunque confieso que aprenden los rudimentos desde mucho antes; entre tanto pueden sin embargo ser admitidos como aprendices. He sido informado por un caballero principal del condado de Cavan, quién afirmó ante mí, que él nunca había conocido arriba de uno o dos casos por debajo de la edad de seis años, aunque en esa parte del reino son renombrados por la habilidad y rapidez en ese arte.

Me aseguran nuestros comerciantes que una muchacha o muchacho antes de los doce años, no es materia vendible y que cuando tienen esa edad apenas rendirían sobre las tres libras o tres coronas o media corona como máximo en la transacción; lo cuál no permite recuperar a los padres o al reino el costo de alimentos y harapos que son por lo menos cuatro veces más costosos que lo que arrojan por su valor.

Ahora por lo tanto, propondré humildemente mis propios pensamientos que espero no serán materia de la menor objeción.

Me ha asegurado un amigo americano, conocido mío de Londres, que un niño sano, tierno, bien cuidado, es, al año de edad, alimento nutritivo y delicioso, ya guisado, asado, al horno, o cocido; y no tengo ninguna duda que sirva igualmente en un fricasse o ragout.



Por lo tanto, ofrezco humildemente a la consideración del público, que de los ciento veinte mil niños ya computados, veinte mil queden reservados para la cría, de los que solamente una cuarta porción habrán de ser varones; lo cuál es más de lo que permitimos a lanares, vacunos, o porcinos; mi razonamiento es que estos niños son raramente fruto de matrimonio, circunstancia no muy observada por nuestros salvajes, por lo tanto, un varón será suficiente para servir a cuatro hembras. Los cien mil restantes pueden, al año de edad, ser ofrecidos en venta a las personas de calidad y fortuna en el reino, aconsejando siempre a las madres les dejen mamar abundantemente en el último mes, para engordarlos con grasa suficiente para una buena mesa. Un niño alcanzará para dos platos en una velada con amigos y cuando la familia cene sola, el cuarto delantero o el trasero servirá para una porción razonable y sazonado con una poca de pimienta o sal, será muy bueno cocido en el cuarto día, especialmente en invierno.

He considerado con base en la media, que un niño recién nacido pesará sobre las doce libras y en un año solar, si está nutrido adecuadamente, alcanzará las veintiocho libras.

Concedo que este alimento será bastante costoso y por lo tanto muy apropiado para los terratenientes, que, como han ya devorado a la mayoría de los padres, parecen tener el mejor título para hacerlo con los hijos.

Carne de niño habrá en todas las estaciones del año, pero más abundantemente en marzo y poco antes o después; un autor serio, eminente médico francés, nos dice que los pescados son una dieta prolífica, así que habrá más nacimientos en los países católicos romanos cerca de los nueve meses después de la pascua, los mercados estarán más surtidos que de costumbre, porque el porcentaje de los infantes papistas es por lo menos tres a uno en este reino y por lo tanto tendrá otra ventaja colateral, disminuirémos así el número de papistas entre nosotros.

He computado ya el costo de criar al niño de un mendigo (en esta lista cuento a todos los jornaleros, trabajadores, y cuatro quintas partes de

los granjeros) en cerca de dos chelines por año, harapos incluidos; y creo que ningún caballero rehusaría dar diez chelines por el cuerpecito de un buen niño gordo, que, como he dicho, hará cuatro platos de carne nutritiva excelente, cuando solamente venga algún amigo a visitarlo o cuando su propia familia cene con él. Así el hacendado aprenderá a ser un buen propietario y crecerá su popularidad entre sus arrendatarios, la madre tendrá ocho chelines de beneficio limpios y estará lista para el trabajo hasta que produzca otro niño.

Los que sean más ahorrativos (como hay que confesarlo, los tiempos lo requieren) pueden desollarlo; así con la piel se podrán hacer guantes admirables para las señoras y botas de verano para los caballeros refinados.



En cuanto a nuestra ciudad de Dublín, los rastros pueden colocarse para este propósito en los lugares más convenientes y podemos estar seguros que carniceros no faltarán; aunque yo recomiendo comprar los niños vivos y aderezarlos calientes del cuchillo, así como hacemos con los cerdos al asarlos.

Una persona muy digna, un amante verdadero de su país y cuyas virtudes estimo en mucho, estuvo últimamente deleitándose en discurrir sobre estas materias a fin de ofrecer algún refinamiento sobre mi proyecto. Dijo que muchos caballeros de este reino habían destruido en sus cotos a los ciervos, por lo que él consideró que la carne de venado puede muy bien ser sustituida por los cuerpos de muchachos y de muchachas jóvenes, no excediendo su edad de catorce años ni de ir por debajo de los doce; hay tan grande número de ambos sexos en nuestros campos que están ahora listos para morir de hambre y deseosos de trabajo y servicio; de éstos podrían disponer sus padres si están vivos y si no sus parientes más cercanos. Pero con el respeto debido a tan excelente amigo y tan merecedor patriota, no puedo estar de acuerdo con su sentir; porque en cuanto a los varones, mi conocido americano me aseguró que en su experiencia frecuente, la carne era generalmente correosa y magra, como la de nuestros colegiales, por el ejercicio continuo y de un gusto desagradable y que cebarlos no se correspondería con el costo. En cuanto a las hembras, yo pienso humildemente, que sería una pérdida para el público, porque pronto se convirtieran en parideras ellas mismas; y además, no es improbable que alguna gente escrupulosa juzgue conveniente censurar tal práctica, (aunque de hecho muy injustamente) por acercarse un poco a la crueldad, que, confieso, siempre sido para mí la objeción más fuerte contra cualquier proyecto, por bien intencionado que sea.

Pero para justificar a mi amigo, él me confesó, que este expediente fue puesto en su cabeza por el famoso Salmanaazor, natural de la Isla de Formosa, que vino desde allá hasta Londres hará unos veinte años y en una conversación dijo a mi amigo, que en su país, cuando alguna persona joven era sentenciada a la pena muerte, el verdugo vendía el cuerpo a personas de calidad como manjar de primera; y que en su tiempo, el cuerpo de una muchacha regordeta de quince años que fue crucificada por una tentativa de envenenamiento al emperador, fue vendida al primer ministro de su majestad imperial y a otros grandes mandarines de la corte, reunidos junto al patíbulo, en cuatrocientas coronas. No puedo negar, de hecho, que si lo mismo se hiciera con varias muchachas jóvenes regordetas de esta ciudad, que sin una sola avena mondada en sus fortunas, no pueden salir a la calle si no es en coche y aparecen en los clubes y en las reuniones con vestidos de modas extranjeras los cuales nunca pagarán; el reino no estaría peor.

Algunas personas de espíritu impresionable están preocupadas grandemente por ese extenso número de gente pobre que envejece, enferma o están inválidos; y me han pedido emplear mis pensamientos en conseguir una posible solución para descansar al país de tan penoso embarazo. Pero no estoy yo afligido en esta materia, porque es bien sabido, que cada día son más los que mueren y se pudren por el frío y el hambre, la inmundicia y los gusanos, tan rápidamente como se puede razonablemente esperar. Y en cuanto a los jóvenes trabajadores, están ahora en la misma condición esperanzadora. No pueden conseguir trabajo y desfallecen por su mala alimentación, al grado de que si se les emplea en cualquier actividad común no tienen fuerza para realizarla y de ese modo tanto ellos como nuestro país se libran de males futuros.

He divagado demasiado y por lo tanto volveré a mi tema. Pienso que las ventajas que tiene mi proposición son obvias y muchas, así como de la más alta importancia.

Primeramente, como he observado ya, disminuiría grandemente el número de papistas que nos invaden anualmente, siendo éstos los principales engendradores de la nación, así como nuestros enemigos más peligrosos y que permanecen en el país con el propósito de entregar el reino al Pretendiente, esperando tomar ventaja de la ausencia de tantos buenos protestantes que han decidido salir de su país, antes que permanecer en él pagando diezmos contra su voluntad a un cura episcopal.

En segundo lugar, los arrendatarios más pobres tendrán algo valioso de su propiedad, que por ley puede ser susceptible de embargo y con esto se ayudarán para pagar el alquiler de su terrateniente, porque su maíz y ganado han sido confiscados ya y el dinero es algo desconocido para ellos.

En tercer lugar, mientras que la manutención de cien mil niños a partir de los dos años de edad y en adelante, apenas puede ser computada en por lo menos diez chelines por cada uno por año, las acciones de la nación se verán de tal modo incrementadas en cincuenta mil libras anuales, además del beneficio de un plato nuevo, introducido en las mesas de todos los caballeros de fortuna en el reino, que tienen algún refinamiento en el gusto. Y el dinero circulará entre nosotros mismos, pues las mercancías dependerán enteramente de nuestra propia producción y fabricación.

En cuarto lugar, los criadores constantes, además del aumento de ocho chelines por año por la venta de sus niños, se habrán librado de la carga de mantenerlos después del primer año.

Quinto, este manjar atraería además gran concurrencia a las tabernas, donde los tan prudentes venteros practicarán las mejores recetas para aderezarlos a la perfección; y por lo tanto, harán que sus negocios sean frecuentados por todos los caballeros finos, que justamente valoran su conocimiento en el buen comer y un cocinero hábil, que entienda cómo encantar a sus huéspedes, se las ingeniará para hacerlo tan costoso como ellos gusten.

Sexto, éste sería un gran estímulo para el matrimonio, que todas las naciones sabias han animado por recompensas o hecho cumplir por leyes y penas. Se acrecentaría el cuidado y la dulzura de las madres hacia sus niños, cuando éstos tendrían segura colocación de por vida, de algún modo provista por el público y un beneficio anual en vez de un gasto. Podremos pronto ver la honesta comparación entre las

mujeres casadas, por saber cuál de ellas podría traer al niño más gordo al mercado. Los hombres se convertirían en ejemplares maridos cariñosos con sus esposas durante la época de su embarazo, como ahora están orgullosos de sus yeguas con potrillos, sus vacas con becerros, o sus puercas listas para parir; y evitarían golpearlas o patearlas (práctica demasiado frecuente) por miedo a un aborto.

Muchas otras ventajas pudieran ser enumeradas. Por ejemplo, el aumento de unos mil canales en nuestra exportación de carne de res en barrica; la propagación de la carne de cerdo y el refinamiento en el arte de hacer buen tocino, tan preciado entre nosotros por la gran destrucción de cerdos, tan frecuentes también en nuestras mesas; pero de ninguna manera comparable en gusto o magnificencia a un niño de un año de edad, crecido, gordo, que hará un papel considerable en un banquete del señor alcalde o cualquier otra festividad pública. Pero éstas y muchas otras ventajas, siendo partidario de la brevedad, omito.

Suponiendo que mil familias en esta ciudad fueran clientes constantes para la carne de los infantes, además de otras que pudieran obtenerla en los festines, particularmente en las bodas y bautizos, considero que Dublín consumiría anualmente cerca de veinte mil niños; y en el resto del reino (donde probablemente se darán algo más baratos) los ochenta miles restantes.

Puedo pensar que nadie intentará objeción alguna contra esta propuesta, a menos que se piense, que el número de personas sería en mucho disminuido en el reino. Esto lo reconozco francamente y de hecho fue mi preocupación mayor antes de proponerla al mundo. Deseo que el lector observe, que calculo mi remedio sólo para este reino particular de Irlanda y no para algún otro que haya existido, exista, o, pienso yo, pueda existir sobre la tierra. Por lo tanto no venga alguien a hablar conmigo de otros expedientes: de gravar a nuestros desocupados en cinco chelines por libra; de no usar ni ropa ni muebles de importación, excepto aquellos de nuestra propia producción y fabricación; rechazar completamente los materiales y los instrumentos que promueven el lujo extranjero; de curar el exceso de la afectación, de la vanidad, de la ociosidad y del juego en nuestras mujeres; de introducir una vena de parsimonia, de prudencia y de templanza; de aprender amar a nuestro país, en donde nos diferenciamos incluso de los Lapones y los habitantes de Topinambo; de parar nuestras animosidades y facciones, de no actuar más allá como los judíos, que se asesinaban unos a otros en el mismo momento que su ciudad era tomada; de ser un poco cautelosos, de no vender nuestro país y nuestras conciencias; de enseñar a los propietarios que tengan por lo menos un grado de misericordia hacia sus arrendatarios. Finalmente, de poner un espíritu de honradez, industria y habilidad en nuestros comerciantes, que, si se pudiera ahora tomar una resolución para comprar solamente nuestras mercancías nativas, tratarían de trapearlos sobre el precio, la medida y la calidad, ni que no podrían nunca hacer una oferta justa.

Por lo tanto, repito, no dejaré a ningún hombre hablar conmigo de estos y de expedientes similares, hasta que alguien tenga por lo menos un cierto atisbo de esperanza de que habrá alguna tentativa cierta y sincera de ponerlos en práctica.

Pero, en cuanto a mí mismo, cansado ya por tantos años de ofrecer inútiles, ociosos, y visionarios pensamientos y sin observar ninguna esperanza de éxito, dí afortunadamente con esta propuesta, que, como es enteramente nueva tiene algo de sólida y verdadera, que no es cara y no implica mayores dificultades, que se completa con nuestras propias fuerzas y que no incurre en el peligro de desagradar a Inglaterra. Para esta clase de mercancía no existirá la posibilidad de exportación, ya que la carne tiene una consistencia tan delicada como para admitir una larga maceración en sal, aunque quizás podría nombrar un país que estaría muy contento de comerse nuestra nación entera aun sin ella.

Después de todo, no estoy tan violentamente inclinado hacia mi propia opinión como para rechazar cualquier proyecto propuesto por hombres más sabios, que sean hallados igualmente inocentes, baratos, fáciles, y eficaces. Pero antes de que algo así sea ofrecido en contradicción con mi plan y oponiendo algo mejor, deseo que el autor o los autores tengan la amabilidad de considerar maduramente estos dos puntos. Primero, en el actual estado de cosas, cómo harán para conseguir alimento y vestido para cien mil bocas y espaldas inútiles. Y en segundo lugar, contando al rededor de un millón de criaturas de figura humana a lo largo de este reino, cuya subsistencia entera puesta en una suma global les dejaría en deuda dos millones de libras esterlinas, agregando a los que son mendigos de profesión, al grueso de los granjeros, jornaleros y obreros con sus esposas e hijos, que son mendigos de hecho; me gustaría que esos políticos que tienen aversión a mi propuesta y que puedan quizás intentar una posible controversia, primero preguntaran a los padres de estos mortales, si en este momento no considerarían una gran felicidad haber sido vendidos como alimento al año de edad de la manera que prescribo y de ese modo haberse evitado un escenario perpetuo de desgracias como el que han pasado por la opresión de los hacendados, por la imposibilidad de pagar el alquiler sin el dinero o el comercio, el deseo de subsistencia común, sin casa ni ropas que puedan cubrirlos de las inclemencias del tiempo y la más inevitable perspectiva de heredar similares o mayores miserias sobre su casta para siempre.

Declaro con toda la sinceridad de mi corazón que no tengo el menor interés personal en el esfuerzo de promover este trabajo necesario, no teniendo ningún otro motivo que el beneficio público de mi país a través del mejoramiento de nuestro comercio, proveyendo a los infantes, relevando a los pobres y dando un cierto placer a los ricos. No tengo ningún hijo con el cual pueda proponerme conseguir un solo penique; el más pequeño tiene nueve años y mi esposa ya no puede engendrar.



## Lêdo Jvo

### Os pobres na estação rodoviária

Os pobres viajam. Na estação rodoviária eles alteiam os pescoços como gansos para olhar os letreiros dos ônibus. E seus olhares são de quem teme perder alguma coisa: a mala que guarda um rádio de pilha e um casaco que tem a cor do frio num dia sem sonhos, o sanduíche de mortadela no fundo da sacola, e o sol de subúrbio e poeira além dos viadutos. Entre o rumor dos alto-falantes e o arquejo dos ônibus eles temem perder a própria viagem escondida na névoa dos horários. Os que dormitam nos bancos acordam assustados, embora os pesadelos sejam um privilégio dos que abastecem os ouvidos e o tédio dos psicanalistas em consultórios assépticos como o algodão que tapa o nariz dos mortos. Nas filas os pobres assumem um ar grave que une temor, impaciência e submissão. Como os pobres são grotescos! E como os seus odores nos incomodam mesmo à distância! E não têm a noção das conveniências, não sabem portar-se em público. O dedo sujo de nicotina esfrega o olho irritado que do sonho reteve apenas a remela. Do seio caído e túrgido um filete de leite escorre para a pequena boca habituada ao choro. Na plataforma eles vão e vêm, saltam e seguram malas e embrulhos, fazem perguntas descabidas nos guichês, sussurram palavras misteriosas e contemplam as capas das revistas com o ar espantado de quem não sabe o caminho do salão da vida. Por que esse ir e vir? E essas roupas espalhafatosas, esses amarelos de azeite de dendê que doem na vista delicada do viajante obrigado a suportar tantos cheiros incômodos, e esses vermelhos contundentes de feira e mafuá? Os pobres não sabem viajar nem sabem vestir-se. Tampouco sabem morar: não têm noção do conforto embora alguns de eles possuam até televisão. Na verdade os pobres não sabem nem morrer. (Têm quase sempre uma morte feia e deselegante.) E em qualquer lugar do mundo eles incomodam, viajantes importunos que ocupam os nossos lugares mesmo quando estamos sentados e eles viajam de pé.

(*A noite misteriosa*, 1973-1982)

### Los pobres en la terminal de autobuses

Los pobres viajan. En la terminal de autobuses ellos alzan los cuellos como gansos para mirar los letreros de los camiones. Sus miradas son las de quien teme perder alguna cosa: la maleta que guarda una radio de pilas y una chamarra que tiene el color del frío de un día sin sueños, el sándwich de bolonia en el fondo de la bolsa, y el sol de suburbio y polvo más allá de los viaductos. Entre el rumor de los alto-parlantes y el jadeo de los autobuses ellos temen perder su propio viaje escondido en la niebla de los horarios. Los que dormitan en las bancas despiertan asustados, aunque las pesadillas sean un privilegio de aquellos que abastecen los oídos y el tedio de los psicoanalistas en consultorios asépticos como el algodón que tapa los poros de la nariz de los muertos. En las filas los pobres asumen un aire grave que une temor, impaciencia y sumisión. ¡Como son grotescos! ¡Y cómo nos incomodan sus olores aún a la distancia! Y no tienen noción de las conveniencias, no saben comportarse en público. El dedo sucio de nicotina restriega el ojo irritado que retuvo del sueño sólo la legaña. Del seno caído y túrgido un hilito de leche que escurre hacia la pequeña boca habituada al llanto. En la plataforma ellos van y vienen, saltan y aseguran maletas y paquetes, hacen preguntas inoportunas en las ventanillas, susurran palabras misteriosas y contemplan las portadas de las revistas con el aire espantado de quien no sabe el camino del salón de la vida. ¿Por qué ese ir y venir? ¿Y esas ropas estrafalarias, esos amarillos de aceite de palma que duelen a la vista delicada del viajante obligado a soportar tantos olores incómodos, y esos rojos contundentes de feria y de parque de diversiones? Los pobres no saben viajar ni saben vestirse. Tampoco saben vivir: no tienen noción de la comodidad aunque algunos de ellos posean hasta un televisor. En verdad los pobres no saben ni morir. (Tienen casi siempre una muerte fea y poco elegante.) Y en cualquier lugar del mundo ellos incomodan, viajantes inoportunos que ocupan nuestros lugares aún cuando estemos sentados y ellos viajen de pie.

